

## PRÓLOGO

En mis continuadas relecturas de Platón, siempre me pregunté cuál podía ser la razón personal, o la razón histórica, que le llevó a dudar de la democracia ateniense y, por ende, pretender la configuración ético metafísica de un sistema político que, repetidamente, califica como “el más bello” y, por tanto, el mejor de todos los regímenes políticos: lo que podríamos denominar la “democracia platónica”, ampliamente diseñada en “República” y redefinida en “Político” y “Leyes”. Pero no es nada sencillo deducir esa razón, personal o histórica, investigando en su obra. Sólo utiliza pinceladas breves y referencias escuetas. Para sus lectores atenienses y, sobre todo, para sus discípulos de la Academia, esas pinceladas y referencias eran más que suficientes. Para nosotros, veinticuatro siglos después, no son más que confusión y causa de todos los análisis contradictorios que se han hecho sobre sus planteamientos filosófico políticos. Estas contradicciones surgen porque – y de esto no tengo ya ninguna duda – la política es el punto de partida y el punto de llegada del grandioso universo mental de Platón.

Decidí la inmersión en el pensamiento no-filosófico, en sentido estricto, de su época: historiadores,

comediógrafos, oradores famosos, etc. Así volví, en unos casos, y llegué, en otros, a Heródoto y Tucídides, a Eurípides y Aristófanes, a Jenofonte, a Isócrates y Lisias ... Es decir, a todos aquellos que meditaron, en profundidad, sobre el pasado y el futuro de Atenas. Y creo que entreví claves fundamentales, al menos para mí, para poder comprender esa razón, personal o histórica.

La primera clave es el gobierno de Pericles, que comenzó como el momento de la aurora de la democracia ateniense, pero finalizó, cuando mantuvo la elección de estratega continuamente durante quince años, como el comienzo del fin del sistema político ateniense. La decisión de constituir una talasocracia, un imperio marítimo, le condujo inexorablemente a iniciar la Guerra del Peloponeso. Ese imperialismo expansivo impuesto por Pericles se fue transformando en un imperialismo terrorista, con absoluto desprecio a las leyes. Imperialismo que se convirtió en la causa indudable de la decadencia, del caos y de la ruina económica, moral y política de Atenas, que había sido el faro de los grandes valores de la cultura griega.

Ese desprecio a las leyes se manifiesta en dos fases: la imposición de la fuerza militar, arrasando a pueblos que no aceptaban la sumisión a los intereses de Atenas. Es el desprecio a las leyes de otros estados y a las leyes entre estados. Sólo la ley ateniense, la ley del más fuerte, que,

con demasiada frecuencia, era esclava de los intereses concretos de grupos sociales de poder, era válida. Fue la negación de un mínimo derecho internacional. La encarnación de esta fase es el asunto de Melos, magistralmente descrito por Tucídides. La segunda fase se concreta en el desprecio a las leyes de Atenas, si éstas no sirven a los políticos para tomar decisiones acordes con sus intereses. O con los intereses de sus poderosos amigos. Las leyes de la ciudad se cambian, caprichosamente, cuando no favorecen a esos intereses. Jenofonte lo dejó perfectamente descrito en el juicio contra los generales que vencieron en la batalla naval de las Arginusas. La voluntad de la masa reunida, y manipulada por los sicofantes, en la Asamblea se imponía a las leyes aprobadas por esa misma Asamblea. Era el caos. Lo que entraba como ley en la sesión asamblearia, dejaba, volvía a ser y, finalmente, se anulaba en esa misma sesión.

Después de la destrucción de las leyes entre ciudades y de las leyes de la propia Atenas, se produce el hecho más decisivo en el pensamiento platónico: su maestro, Sócrates, “el hombre más sabio y más justo de su tiempo”, que dedicó toda su vida a enseñar a sus discípulos el respeto más profundo a las leyes de la ciudad, fue condenado a muerte. Y ejecutado por los que menospreciaban esas leyes. La condena a Sócrates es el intento de los políticos de acabar con la conciencia crítica contra el poder. La demagogia acababa de asesinar el

pensamiento. Atenas vivía en una situación de injusticia y de mentira colectiva. Lo narran maravillosamente tanto Platón como Jenofonte.

Si el régimen político ateniense había llegado a tal grado de desintegración que permitía incumplir, reiteradamente, la ley, no valía. Resultaba una tarea urgente reformularlo, porque la democracia es, sobre todo y ante todo, el imperio de la ley. Si no, se convierte en una simple mentira, en una palabra hueca y vacía de contenido. Precisamente, lo que pretende Platón es alcanzar esa reformulación de la democracia. ¿Acertó o se equivocó? Al menos, lo intentó con todas sus fuerzas. Y ese gigantesco intento nos ha legado todo un sistema político-ético-filosófico que, aun hoy, se nos presenta como la más apasionante aventura para descubrir las claves de nuestra realidad y para responder a las más radicales preguntas que todo hombre se plantea en algún momento.

Que lo que trasciende del análisis de los treinta años que van desde el 429 a. C. (año en que muere Pericles) hasta el año 399 (en que es ejecutado Sócrates) se refleja en el mundo convulso que nos ha tocado vivir a finales del siglo XX, lo demuestra la lectura del libro “Poder y debilidad”, de Robert Kagan, en que intenta explicar el cómo y el por qué de la incompreensión total entre Europa y EE. UU., “que se reserva el papel de gendarme supremo” del mundo. Kagan no se refiere en ningún momento a la

ética, sino a la psicología del poder, que resume en su “parábola del hombre y el oso”: a un hombre que sólo posee un cuchillo para defenderse, le parecerá que un oso es un peligro tolerable, porque la alternativa de darle una cuchillada entraña más riesgos que permanecer inmóvil, confiando que el oso no ataque. Pero si ese hombre tuviera un rifle, haría un cálculo diferente: ¿por qué iba a arriesgar su vida sin necesidad? Esta parábola no es más que el debate “fuerte-débil” que se manifiesta en el diálogo de Melos, que nos describe Tucídides. Por eso, afirma Kagan que “los estadounidenses suelen decantarse por la coerción más que por la persuasión”. Los deseos incontenidos por desempeñar el papel de guardián, de amo del mundo ha llevado y está llevando a Estados poderosos a seguir los mismos derroteros que ya vivió y sufrió Atenas hace veinticuatro siglos. ¿En qué se diferencian las invasiones y arrasamientos de las culturas precolombinas por los españoles del siglo XVI, o la invasión de Rusia por el ejército de Napoleón, o la depuración racial de Europa intentada por el régimen nazi, o la invasión de Irak por tropas americano-inglesas, del asunto de Melos? ¿En qué se diferencian los tribunales de la Inquisición, los campos de concentración nazis o las cárceles de Guantánamo de la denegación de los propios derechos de los generales de la batalla de las Arginusas? ¿Es que la historia humana no se podría escribir en clave de pensadores asesinados o violentamente callados porque

sus reflexiones agujoneaban al poder establecido, como hicieron los atenienses con el “tábano” de Sócrates? En el momento que la psicología del poder se independiza de la ética del poder, todo es ya posible.

La diferencia fundamental radica en que, para Platón, la psicología alejada de la ética no tiene sentido alguno. Sería una especie de fisiología del espíritu, que es una contradicción en el propio planteamiento. Esta es la cuestión fundamental: el mundo del futuro tendrá que decidir entre la persuasión y la coerción. Y no parece que lo que estamos viviendo ayude a concluir que la coerción es la solución al problema.

Este no es un libro de historia, ni de filosofía. Sólo pretende ser una reflexión novelada sobre acontecimientos de Atenas en los treinta años del paso del gran siglo V al desastroso siglo IV. En la convicción de que esa reflexión puede dar luz a la realidad que nosotros estamos viviendo cotidianamente, he decidido utilizar el método del “diálogo”, que, según Platón, es la manifestación de cómo se desarrolla, en el largo y difícil caminar en busca de la caza de la verdad, nuestro pensamiento. Cada uno de los personajes de éste “diálogo en cuatro actos” expresa su pensamiento, recogido de sus libros o del conocimiento que tenemos de ellos a través de contemporáneos. No se trata, pues, de hacerles hablar, como si fueran marionetas, conforme a las convicciones

del autor. Hablan y desarrollan sus propias convicciones. Lo que resulta extraño, y no lo es, es cómo sus análisis y sus razonamientos iluminan nuestra realidad, veinticuatro siglos después. ¿Será porque analizan y razonan situaciones y principios que constituyen la raíz de la problemática del hombre en sociedad?